



las playas del espacio

richard matheson

Trece cuentos extraordinarios que exploran el borde resbaladizo de la locura y hasta la rebasan, convirtiéndola en una escalofriante pesadilla a través de sucesos fantásticos e inexplicables.

Un mundo donde el horror inenarrable es lo normal y en donde la tenebrosidad del espacio actúa en la mente de los hombres.

Un tiempo en el que la criatura de poderes espantosos y extraterrestres puede controlar a los seres humanos y éstos crear seres que escapan a su control.

Una fantasía mágica y una extraña imaginación inspira estos cuentos de inolvidable vigor y con un final imprevisible.

EL SER

(*Being*, 1954)

Se cernía en las tinieblas; la corteza metálica fulguraba tenuemente en silencio, impulsada hacia arriba por fuerzas antigravitatorias. La mortaja de la noche cubría el planeta alejado de la luna. Abajo, en la región cubierta por las sombras, un animal contemplaba con ojos desorbitados la fosforescencia mortecina de la esfera suspendida en lo alto. Contracción de músculos. Sordo tamborilear de garras que huyen sobre la superficie dura de la tierra. Otra vez el silencio solitario, rasgado apenas por el susurro del viento Horas. Horas negras en su lenta metamorfosis, al gris primero y después a un rosado difuso. Moteada por los primeros rayos solares, la esfera metálica resplandecía con un suave fulgor ultraterreno.

Fue como introducir la mano en un horno ardiente.

—¡Oh, Dios mío, cómo quema! —dijo él con una mueca, y volvió a posar la mano sobre el volante húmedo de sudor.

—Es tu imaginación —dijo Marian.

Estaba aplastada contra las fundas de plástico recalentado que cubrían el asiento. Un kilómetro atrás había asomado los pies por la ventanilla, sin quitarse las sandalias. Tenía los ojos cerrados, y el aliento entrecortado se escapaba entre sus labios resecos. El viento cálido le abanicaba la cara, desordenándole los cortos cabellos rubios.

Se retorció incómoda, mientras tironeaba del angosto cinturón de los *shorts*.

—No hace calor —afirmó—; está tan fresco como un oasis.

—¡Ojalá! —masculló Les.

Se inclinó levemente hacia adelante y la camisa húmeda, pegada a la espalda, le hizo rechinar los dientes.

—El peor mes para conducir —refunfuñó.

Habían partido de Los Ángeles, tres días antes, rumbo a Nueva York, para visitar a la familia de Marian. Desde el principio, las temperaturas habían sido verdaderamente tropicales; después de tres días de calor bochornoso, estaban sin energías.

Por otra parte, el ritmo que se habían impuesto no contribuía a mejorar las cosas. Seiscientos kilómetros por día, teóricamente no parecían excesivos; pero en la práctica conducir a esa velocidad era un verdadero martirio. Había que viajar por desvíos polvorientos, levantando nubes de tierra por los tramos de caminos en reparación, cubiertos de baches, y tratando de no sobrepasar los treinta kilómetros por hora para no quebrar un eje ni desnucarse; y cada media hora, más o menos, debían ascender largas cuestas empinadas que ponían el agua del radiador casi en el punto de ebullición. Después se veían forzados a esperar largos minutos —en medio del calor sofocante— para que el motor se enfriara, ayudándolo, a veces, con un poco del agua que llevaban para ellos. No había más remedio que sentarse a esperar en medio de aquel horno.

—De este lado ya estoy listo, dame vuelta —dijo Les, sin aliento.

—Ja, ja —repuso Marian en voz baja.

—¿Queda un poco de agua?

Marian extendió la mano izquierda para levantar la pesada tapa de la nevera portátil. Tanteó en el fresco interior hasta encontrar el termo y lo sacudió.

—Vacío —anunció, con un gesto de desaliento.

—Como mi cabeza —agregó él, en tono disgustado—. ¿Cómo acepté esto de conducir hasta Nueva York, en pleno mes de agosto?

—Bueno, bueno, basta ya —contestó ella, perdiendo el deseo de bromear—. No te acalores.

—Maldición —replicó Les ásperamente—. ¿Cuándo volverá este infernal desvío al maldito camino?

—Maldito, maldito, maldito —repitió ligeramente el eco femenino.

Él no replicó, pero sus manos se crisparon con fuerza sobre el volante.

Llevaban horas viajando por ese maldito camino, apartados de la ruta, que estaba en reparación, debido a un solo letrero: «Ruta 66 - Desvío». Después de haber cruzado más de cinco intersecciones en menos de dos horas, ya ni siquiera estaban seguros de encontrarse en el camino correcto. Apresurados por dejar atrás el desierto, no habían prestado demasiada atención a las señales de los cruces.

—Querido, allí hay una estación —dijo Marian—; quizá nos den un poco de agua.

—Y nafta, de paso —agregó él, mientras miraba la aguja del indicador—. Y alguna indicación para volver al camino.

—Al *maldito* camino —agregó ella.

El asomo de una sonrisa cambió apenas la expresión de Les, mientras se desviaba del sendero. Detuvo el coche frente a dos bombas de gasolina con la pintura descascarada, plantadas frente a una casucha precaria.

—Este lugar se las trae —dijo él, sin ningún entusiasmo.

—Para gente de categoría —agregó Marian, volviendo a cerrar los ojos y respirando agudamente con la boca abierta.

Nadie salió de la casita.

—Por favor, no me digas que está abandonada —dijo Les, disgustado, después de echar una mirada alrededor.

Marian abrió los ojos y bajó sus largas piernas.

—¿No hay nadie por aquí? —preguntó.

—No parece —dijo Les.

Abrió la portezuela, arriesgándose a salir. Cuando se puso de pie, un gruñido involuntario le sacudió el cuerpo y sintió que se le aflojaban las rodillas. Era como si lo hubieran sumergido en un baño caliente.

—¡Dios mío! —exclamó, apartando la vista de las reverberaciones oscuras que le lamían los tobillos.

—¿Qué sucede?

—¡Este calor! —respondió.

Cruzó el pedazo de tierra caliente y resquebrajada y pasó entre las dos bombas, que lucían sus manijas herrumbreadas, para llegar a la puerta de la casita. Y no hemos hecho siquiera un tercio del camino, murmuró tristemente para sí.

A su espalda, Marian cerró la portezuela con un golpe seco; Les oyó el rumor de sus sandalias sobre el suelo.

La sensación de frescura que se desprendía de la oscuridad duró sólo un segundo. En seguida el aire húmedo y viciado envolvió a Les, haciéndole bufar de disgusto.

La casita estaba desierta. El reducido espacio incluía una mesa —cuyas patas desaparejas sostenían una superficie llena de cicatrices—, una silla sin respaldo, y un surtidor de Coca Cola cubierto de telarañas; sobre la pared, almanques y listas de precios. Un raído visillo cubría la ventana hasta el marco inferior, dejando pasar una luz mortecina a través de sus numerosas rasgaduras.

Retrocedió hacia la puerta, haciendo crujir las maderas del suelo.

—¿No hay nadie? —preguntó Marian.

Él negó con la cabeza. Por un momento se miraron sin expresión. Ella se enjugó la frente con el pañuelo húmedo.

—Bueno, ¡adelante! —dijo, en tono agrio.

En ese momento se escuchó el matraqueo de un coche por el desaparejo sendero que iba desde el camino al desierto. Alejándose unos pasos de la casita, divisaron un viejo camión remolcador de fabricación casera, que se acerca-

ba ruidosamente a la estación, en una línea no muy recta. A lo lejos, más allá del camino, sobresalía la baja silueta de la casa de donde había salido.

—Llegan socorros —dijo Marian—. ¡Ojalá que traigan agua!

Mientras el camión frenaba con un chirrido junto a la casita, pudieron ver la cara quemada por el sol del hombre que conducía. Era un individuo de treinta y tantos años, de aspecto hosco, vestido con una camisa y un mono azul desteñido cubierto de remiendos. Por debajo del sombrero manchado de grasa asomaban unos mechones de cabello largo y lacio.

El gesto que les hizo al salir del camión no fue una sonrisa. Fue algo parecido a una contracción nerviosa de la inexpresiva boca, de labios delgados. Se acercó a ellos en varios trancos espasmódicos, paseando la mirada del uno a la otra.

—¿Quieren gasolina? —preguntó a Les, con voz dura y ronca.

—Sí, por favor.

Por un momento, el hombre miró a Les como si no comprendiera. Luego, se dirigió al Ford con un gruñido, sacando la llave de la bomba del bolsillo posterior del mono. Al llegar frente al guardabarros delantero echo un vistazo a la matrícula.

Trató de desenroscar la tapa del tanque de gasolina con sus dedos callosos, y se quedó mirándola estúpidamente.

—Tiene llave —le explicó Les, apresurándose a alcanzárselas.

El hombre las tomó en silencio y abrió la cerradura. Sacó la tapa y la colocó sobre el cierre del portaequipajes.

—¿Quiere común? —preguntó, levantando la mirada, oculta por las anchas alas del sombrero.

—Sí —contestó Les.

—¿Cuánto?

—Puede llenarlo.

El hombre posó apenas la mano sobre el capot ardiente y la retiró con brusquedad, dejando escapar una exclamación. Sacó un pañuelo y se envolvió la mano para levantar el capot. Al desenroscar la tapa del radiador, el agua hirviente salió en espumarajos, derramándose sobre el suelo reseco entre nubes de vapor.

—Lo único que faltaba... —murmuró Les para sí.

El agua de la manguera estaba casi a la misma temperatura. Mientras Les la aplicaba al radiador, Marian se acercó y puso el dedo en el líquido que salía en lentos borbotones.

—¡Oh, Dios! —exclamó, desilusionada. Mirando al hombre del mono, preguntó—: ¿No tiene un poco de agua fresca?

El hombre permanecía con la cabeza inclinada, apretada la boca en una línea estrecha y las comisuras hacia abajo. Marian volvió a repetir la pregunta, sin obtener respuesta.

—El clásico arizoniano de sangre de horchata —susurró a Les, y se acercó al hombre para preguntarle—: Disculpe...

Él levantó la cabeza, sobresaltado, revelando de pronto el brillo oscuro de sus ojos.

—¿Sí, señora? —dijo rápidamente.

—¿Nos podría conseguir un poco de agua fresca, para beber?

El grueso pellejo de la garganta se estremeció.

—Aquí no hay, señora —dijo—, pero... —la voz se le quebró, y continuó mirándola sin expresión—. Ustedes son de California, ¿no es cierto? —preguntó.

—Así es.

—Van... ¿muy lejos?

—A Nueva York —contestó ella, con impaciencia—. Pero ¿no es posible que tenga...?

—Nueva York —repitió el hombre—. Bastante lejos —sus desteñidas cejas se unieron en medio de la frente.

—¿Qué pasa con el agua? —insistió Marian.

—Bueno... —respondió él, haciendo un esfuerzo por sonreír—. Aquí no hay, pero si quieren ir hasta mi casa, mi mujer les dará agua.

—Ah, menos mal —dijo Marian encogiéndose levemente de hombros.

—Mientras mi mujer les trae el agua, pueden ver el zoológico que tengo —dijo el hombre, agachándose junto al guardabarros para comprobar si el tanque se estaba llenando.

—Tenemos que ir a su casa para conseguir agua —anunció Marian a Les, que revisaba una de las baterías.

—¿Qué? Oh, está bien.

El hombre desconectó la manguera y volvió a tapar el tanque de nafta.

—Así que Nueva York, ¿eh? —repitió, mirándolos.

Marian asintió con una sonrisa amable. Les bajó el capot y la pareja entró en el coche para seguir tras el camión hasta la casa.

—Tiene un zoológico —dijo Marian, inexpresiva.

—Qué bien —repuso Les, poniendo en marcha el coche para bajar la suave pendiente.

—Me enfurecen —dijo Marian.

Habían visto docenas de esos zoológicos desde que salieron de Los Ángeles. Por lo general, se encontraban cerca de las estaciones de servicio, para atraer clientes. Casi sin excepción, eran colecciones lastimosas: pequeñas jaulas áridas en las que tiritaba algún zorro enflaquecido, cuyos apagados ojos completaban el aspecto enfermizo. Unas cuantas serpientes se enroscaban aletargadas y, tal vez, algún águila con las plumas apolilladas miraba hacia abajo desde una jaula. Por lo general, en medio de esa exhibición denominada pomposamente *zoológico* había alguno que otro lobo, o un coyote encadenado, lastimosa bestia que recorría constantemente el mismo círculo determinado por la cadena. Nunca miraban a la gente; los ojillos enrojecidos vagaban siempre hacia adelante, indiferentes,

mientras el animal caminaba incesante, las patas delgadas como palos.

—Los detesto —dijo Marian, con amargura.

—Ya lo sé, querida —contestó Les.

—Si no fuera porque necesitamos agua, no me acercaría a esa casa vieja.

—Está bien —dijo Les, con una sonrisa.

Mientras trataba de esquivar los baches del callejón, agregó, haciendo castañetear los dedos:

—¡Ah! Olvidé preguntarle cómo debo hacer para volver al camino.

—Podrás preguntarle cuando lleguemos a la casa —dijo ella.

Era una estructura de dos pisos, de un descolorido tono parduzco. Detrás había una hilera de cobertizos bajos, casi cuadrados.

—El zoo —anunció Les—. Tigres, leones, toda clase de animales.

—¡Tonterías! —replicó ella.

Frenó el coche frente a la silenciosa casa. Al mismo tiempo, el hombre del sombrero saltó del polvoriento asiento del camión.

—Ya les traigo el agua —dijo rápidamente, dirigiéndose a la casa. Se detuvo por un momento, echando un vistazo hacia atrás, hizo un gesto con la cabeza y dijo—: El zoológico está atrás.

Le vieron subir los escalones de la vieja casa. Les se desesperó con ganas, parpadeando bajo el fuerte resplandor del sol.

—¿Quieres ir a ver el zoológico? —preguntó, tratando de no sonreír.

—No.

—Oh, vamos...

—No quiero ver eso.

—Yo voy a echar un vistazo.

—Bueno, está bien —dijo ella—. Pero sé que me voy a enojar.

Caminaron en torno a la casa hasta llegar a un costado protegido por las sombras.

—¡Oh, qué bien se está aquí! —exclamó Marian.

—Escucha, se olvidó de cobrarnos...

—Ya lo hará —dijo ella.

Se acercaron a la primera jaula y miraron por la pequeña ventanilla, asegurada con pesados tornillos.

—Vacía —dijo Les.

—¡Qué bien!

—Si así es el resto...

Se acercaron lentamente a la jaula siguiente.

—Mira qué pequeñas son —dijo Marian, con pena—. ¿Acaso a él le gustaría estar encerrado en un lugar reducido? —se detuvo en seco—. No. No quiero ver —dijo—. No quiero ver sufrir a esas pobres bestias.

—Voy a dar un vistazo, nada más —dijo él.

—Eres un malvado.

Se acercó a la segunda jaula. Lo que allí vio le arrancó una exclamación de asombro.

—¡Marian!

El grito le puso la piel de gallina.

—¿Qué pasa? —preguntó, mientras corría, ansiosa, hacia donde estaba él.

—¡Mira!

—¡Oh, Dios mío! —susurró, temblorosa.

Dentro había un hombre.

Ella permaneció mirándolo con una expresión de incredulidad, sin sentir siquiera las gruesas gotas de sudor que le corrían por la frente hacia las sienes.

El hombre, echado en el suelo sobre una mugrienta frazada del ejército, parecía una muñeca con las articulaciones rotas. Sus ojos abiertos nada veían. Las pupilas dilatadas indicaban que estaba drogado. Las manos sucias descansaban exangües sobre el suelo cubierto de paja, como torci-

dos sarmientos de piel y hueso. Su boca entreabierta y floja era una herida que dejaba entrever los dientes amarillentos. Los labios resecos estaban partidos.

Les se volvió, y su mirada se cruzó con la de Marian; la vio palidecer sin que el rostro, tenso, modificara su expresión.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, temblándole la voz.

—No lo sé... —volvió los ojos hacia la jaula, como si le costara creer lo que había visto. Miró nuevamente a su mujer y repitió—: No lo sé.

El corazón le latía con fuerza en el pecho. Continuaron mirándose por unos segundos, los ojos muy abiertos llenos de sorpresa e incredulidad.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Marian, en un susurro.

Les tragó saliva, como si algo duro se le hubiera atravesado en la garganta, y volvió la vista hacia la jaula. Casi involuntariamente, dijo:

—¡Hola! Dígame, ¿no puede...?

El hombre estaba en estado comatoso; su garganta se agitó, pero sin ruido alguno.

—Les, ¿y qué pasaría si...?

Los cabellos de Les se erizaron súbitamente: Marian observaba con mudo recelo la tercera jaula.

Echó a correr, y sus pasos repercutieron sobre la tierra reseca, levantando polvo. Al llegar a la jaula siguiente, exclamó:

—¡No!

Dejó que Marian se acercara, sacudido por violentos escalofríos.

—¡Pero por Dios, esto es monstruoso! —gritó ella, mirando horrorizada al segundo hombre enjaulado.

El hombre les dirigió una mirada vidriosa y sin vida. Por un momento, su cuerpo laxo trató de incorporarse un poco, y sus labios se agitaron en un esfuerzo por hablar. Por las comisuras le corría un hilo de saliva que llegaba hasta el

mentón, ennegrecido por la barba. Su cara sudorosa, surcada por líneas de mugre, parecía una máscara de súplica impotente. Después, la cabeza le cayó sobre el hombro y los ojos rodaron hacia atrás.

Marian se alejó de la jaula, tomándose la cara entre las manos temblorosas.

—Ese hombre está loco —susurró, dirigiendo una dura mirada hacia la casa silenciosa.

Les se volvió súbitamente: los dos se acordaron del dueño de la casa que los enviara a ver el zoológico.

—Les, ¿qué podemos hacer? —preguntó Marian con un tono de creciente histeria.

Les se hallaba desprovisto de toda sensación, aniquilado por el impacto de lo que acababan de ver. Por largo rato permaneció inmóvil, tembloroso, mirando a su mujer como si todo formara parte de un sueño fantástico.

Al fin logró pronunciar algunas palabras, sintiendo que el calor lo envolvía en una oleada sofocante.

—Huyamos de aquí —dijo de pronto, tomándole la mano.

Sólo se oía el ronco jadeo de los dos y las rápidas pisadas de Marian sobre el suelo endurecido. El intenso calor parecía vibrar, quitándoles el aliento y cubriéndolos de sudor.

—Más rápido —balbuceó Les, tironeándola de la mano.

Pero al llegar a la esquina de la casa, retrocedieron con una violenta contracción de músculos.

—¡No! —gritó Marian.

Simultáneamente, su rostro se transformó en una torcida máscara de terror.

Allí, parado entre ellos y el coche, el hombre les apuntaba con una escopeta de doble caño.

Sin saber porqué, un pensamiento cruzó rápidamente la imaginación de Les: nadie sabía dónde estaban él y Marian; nadie sabría siquiera por dónde empezar a buscarlos. Ya

dominado por el pánico, recordó que el otro había mirado la matrícula de California.

Se oyó entonces la voz dura e inexpresiva del hombre ordenándoles:

—Y ahora, vuelvan al zoológico.

Después de encerrarlos en una de las jaulas, Merv Ketter volvió lentamente hacia la casa, con la pesada arma colgando del brazo derecho.

Durante todo el proceso no había experimentado ningún placer en lo que hacía; sólo una sensación temporal de alivio, que alcanzó a distender levemente la tensión de su cuerpo. Pero la tensión volvía gradualmente a apoderarse de él. Sólo desaparecía en los escasos minutos que requería atrapar y enjaular a otra persona. Y en esa ocasión parecía aún más fuerte. Era la primera vez que ponía a una mujer en una de las jaulas. Consciente de esa circunstancia, sintió en el pecho un frío nudo de desesperación. Una mujer..., había enjaulado a una mujer. Con la respiración agitada, ascendió los escalones desvencijados de la galería posterior.

Segundos después, mientras la puerta de tejido se cerraba tras él, apretó los labios en un rictus desafiante. «Y bien, ¿qué pretendían de mí?», pensó. Arrojó bruscamente la escopeta sobre la mesa de la cocina, cubierta con un hule amarillo. Otro resuello profundo pareció partirle el pecho. «¿Qué otra cosa podía hacer?», se preguntó, como si entablara una discusión consigo mismo.

Al ir hacia la tranquila sala, salpicada por medallones de sol, el eco de sus botas resonó sobre el gastado linóleo. Desanimado, se dejó caer pesadamente sobre un viejo sillón, levantando un poco de polvo. ¿Qué otra cosa podía hacer? No tenía alternativa.

Volvió a mirarse por milésima vez, en el brazo izquierdo, el pequeño bulto rojizo inserto bajo la curva del codo. Incrustado en su carne, el pequeño cono metálico continuaba

zumbando suavemente. No tenía necesidad de escucharlo, jamás dejaba de zumbar.

Estaba exhausto. Se dejó caer hacia atrás con un gruñido, apoyando la cabeza en el alto respaldo del sillón. Dejó vagar la mirada opaca hasta el otro extremo de la habitación, a través de los rayos temblorosos de luz, llenos de partículas de polvo suspendidas. Allí estaba la repisa de la chimenea; sobre ella, el rifle Mauser, la pistola Luger, el proyectil de mortero y la granada de mano: todas sus armas bien conservadas. Por su atormentado cerebro pasó la vaga idea de apoyar la pistola contra la sien, acercar el Mauser a su costado y colocar la granada junto al estómago, tirando de la clavija.

Héroe de guerra. La frase le arañaba cruelmente la conciencia. Hacía mucho que había perdido todo significado para él, que había dejado de ser un consuelo. Ser un soldado condecorado con medallas y cintas, objeto de admiración y alabanzas, en un tiempo había tenido algún sentido...

Después, Elsie había muerto. Entonces, las batallas y el orgullo se convirtieron en cosa del pasado. Quedó solo en ese desierto, con sus trofeos, sus medallas y nada más. Hasta que un buen día se internó en el desierto, dispuesto a cazar.

Permaneció inmóvil, con los ojos cerrados; sólo la agitación de su garganta revelaba una íntima perturbación. ¿De qué valía pensar y lamentarse? Sólo le quedaba el deseo de vivir. Quizá fuese un deseo estúpido e inútil, pero así y todo era muy real, y no podía ignorarlo ni desembarazarse de él. Ni siquiera cuando hubieron desaparecido dos hombres, o cinco; no, ni aún cuando fueron siete.

Sin piedad se clavó las sucias uñas en la palma de la mano, hasta hacer brotar la sangre. Una idea lo rondaba, sin darle tregua: una mujer, una mujer era diferente. Nunca había pensado enjaular a una mujer.